

EL VELATORIO

No me importa reconocer, aun a mis setenta años de edad, que me causa un gran pavor todo lo relacionado con la muerte. Esta debilidad no sería extraña, de ser la muerte en sí la que me produjera ese temor. Pero no es así. Lo que a mí me asusta, aunque parezca una chiquillada, son los elementos que la rodean; quizá sea más acertado decir que la acogen. Me explicaré: siento una formidable aprensión por los extensos camposantos —aunque sean pequeños, da igual— salpicados de lápidas que destellan bajo la luz pálida de la luna. Pero todavía es más terrible para mí la contemplación de un ataúd semiabierto, a través de cuya rendija casi se palpa ese vaho sepulcral y siniestro que parece proceder de las mismas profundidades del averno. Pensar que en su interior hay una persona descomponiéndose y formando grotescas facciones, con la piel arrugada y pegada a los huesos, me pone enfermo.

Para justificar este comportamiento sería muy cómodo ampararme en el tan manido recurso de asegurar que tuve una infancia difícil, que mi padre era alcohólico y me pegaba, o que mi madre era ludópata y yo tenía que buscarme la vida porque ella lo gastaba todo en el bingo. Pero no fue así. Es cierto que me crié en una época en que todavía no se había producido el despegue económico que, décadas más tarde, elevaría de forma notable el nivel de vida de los españoles,

pero también lo es que nací en una familia bastante acomodada para aquellos tiempos. Mis padres eran personas normales, honradas y trabajadoras, como suele decirse. Tenían un comercio, heredado de mis abuelos paternos, que funcionaba bien, y por lo que recuerdo, yo siempre disfrutaba de más caprichos que la mayoría de los niños de mi edad, los Reyes Magos eran más generosos conmigo que con el resto de mis amigos y mis ropas siempre eran las mejores.

De modo que mi infancia poco o nada pudo influir en los temores que me persiguen. Nunca tuve accidente alguno que hiciera temer por mi vida o me produjera algún trastorno emocional. Pero, desde luego, este “comportamiento paranoico”, como lo llama mi esposa, tiene una causa justificada. Es solo que ella no la conoce. Ni ella, ni nadie. Y es que nunca lo he contado.

Tuve una experiencia terrible hace más de treinta años que trastocó todos mis esquemas, todas mis ideas concebidas acerca de la muerte. Y desde entonces, cada vez que un entierro o un ataúd se ofrecen a mis ojos, siento un miedo angustioso. Pero quiero aclarar que si hay algo que no soporto es asistir a un velatorio. El último en que estuve cambió mi vida por completo, y desde entonces siento que no soy el mismo.

Cuando ocurrió aquel hecho me encontraba solo. Bueno, la verdad es que también había otro testigo, una niña de algo más de tres años. Pero dudo mucho de que ella pueda recordar algo. Aunque más que de recordar se trataría de que era muy pequeña para comprender lo que sucedía.

De todas formas, no he vuelto a verla desde entonces, su abuela y ella se marcharon tras la muerte de Damián.

Por mi parte, jamás he mencionado los hechos, ni a mi esposa, ni a nadie. Fue un caso demasiado especial para referirlo sin correr el riesgo de que me tomaran por un demente.

Se preguntarán por qué me decido a contarlo a estas alturas. Es muy sencillo, como todos sabemos, el tiempo tiende a curarlo todo,

y no conservo ningún detalle físico que provenga de aquella experiencia, y ya ha transcurrido tiempo suficiente como para que la memoria me juegue a veces malas pasadas y me haga dudar de la veracidad de aquella velada inaudita. Además, con el paso del tiempo he perdido los escrúpulos y he de reconocer que mi sentido del ridículo no atraviesa su mejor momento. Vamos, que casi me da igual lo que piensen de mí. Lo único que ahora me importa es que no caigan en el olvido los hechos acaecidos aquella maldita noche, porque fueron demasiado importantes como para que no salgan a la luz por derecho propio. También porque, como he dicho antes, han dejado en mí secuelas imborrables. Mi esposa, que me conoce bien, lo sabe, aunque no pueda ni sospechar el motivo a que se deben.

Acababa de cumplir los veinticinco cuando mi padre falleció a causa de un ataque cardíaco. Es lo único que yo podría reprocharle, si es que se pueden reprochar estas cosas. Él nunca antes estuvo enfermo, por lo que no había indicio alguno de que pudiera dejarnos a la temprana edad de cincuenta y tres años. Fue un golpe muy duro para mi madre y para mí, pues yo era el único hijo de la familia.

No sé si se puede morir de pena, pero no dejo de pensar que eso fue lo que le ocurrió a mi madre. Tras la muerte de su marido perdió todo el aplomo que tenía y, lo que es peor, las ganas de vivir. Anduvo vegetando más que viviendo durante ocho años, hasta que una mañana apareció muerta en su cama.

Unos meses después, contraje matrimonio con Irene. Hacía bastante tiempo que manteníamos una relación no demasiado concreta, aunque yo sospechaba que el amor andaba de puntillas en torno nuestro. Y aquellas desgracias que acontecieron en mi vida me dejaron tal vacío que propició nuestra unión.

Un año más tarde nació nuestro hijo Miguel. A raíz del nacimiento nos fue necesario contratar a una chica para que ayudara en la tienda, y así compensar el tiempo que había que dedicar al bebé.

Pese a las desgracias familiares, debo reconocer que conseguí alcanzar una aceptable estabilidad emocional. No puedo decir que fuera feliz; los recuerdos de mis padres, en especial de mi madre por ser más reciente, pesaban demasiado, pero el negocio iba viento en popa. Y algo muy importante: mi relación con Irene era espléndida. Cada día estaba más convencido de que era la mujer de mi vida en todos los aspectos, y puedo asegurar que la amaba con toda mi alma. Y también que el nacimiento de Miguel colmó mi vida como ser humano.

Por mis padres no podía hacer nada, salvo visitar sus tumbas, gesto este que realizaba muy a menudo, y con gran sentimiento además. Estaba seguro de que mi padre podría estar orgulloso de que el negocio, de gran tradición familiar como ya he comentado, continuara funcionando de forma admirable. Ese era el mejor homenaje que podría brindarle.

Por lo demás, como ya saben, había conseguido formar una familia que llenaba mi vida hasta el extremo de que constituía el eje en torno al cual giraba toda mi existencia. No sé si se puede pedir más. Yo no lo necesitaba, desde luego.

Dos años más tarde conocí a Damián. Llegó al pueblo procedente de Barcelona, según supe al cabo de unos días. Era un hombre mayor, estaría rondando los ochenta, y era muy alto para aquella época, no mediría menos de uno noventa. Tenía unas cejas enormes y su rostro consumido alojaba unos ojos tristes y hundidos.

No vino solo. Su esposa María, unos años más joven que él, le acompañaba. No había entre ellos gran afinidad, ni sus ojos estaban tan afligidos y distantes como los de él. También venía Sandra, una niña dulce de preciosos ojos verdes y cabellos rubios, nieta del matrimonio, que vendría a tener la misma edad que mi hijo.

La familia se alojó en una casa situada justo enfrente de la tienda. Una casa que recordaba siempre cerrada, y que unos meses atrás había

sido restaurada, sin yo saber a cargo de quién, por una constructora que no era del pueblo.

Como es natural, dado el oficio que tenía y el lugar donde estaba emplazada su vivienda, los conocí casi de inmediato. Un día, Damián entró en la tienda con Sandra cogida de la mano. Me pidió algunas golosinas para la niña y después se quedó mirando el local, observando con atención los cambios habidos en él. Parecía que evocara unas imágenes perdidas para siempre en el tiempo.

—Disculpe si miro con esta osadía —me dijo en un tono muy correcto—, pero lo veo todo tan cambiado, el pueblo, la gente, esta tienda...

—Perdón —murmuré un tanto extrañado—, pero no recuerdo haberle visto antes a usted.

—Es normal, hace muchos años que faltó de aquí.

Aquella tarde supe que Damián y su familia habían emigrado a Barcelona en 1912, dejando vacía la casa que ahora ocupaban. En los primeros tiempos, antes de que yo naciera, volvieron en algunas ocasiones, pero ya llevaban varias décadas sin venir. Ese era el motivo por el que no le conocía. Ahora, por razones que no dijo, pero que por su forma de hablar deduje que debían ser trágicas, había tomado junto con su esposa la decisión de volver con su nieta y quedarse a vivir en la antigua casa de su propiedad.

Por carecer de amistades en el pueblo, el hombre iba y venía de un lado para otro, siempre con la niña de la mano. Algunas veces entraba en la tienda con el pretexto de comprar golosinas, aunque yo intuía que su principal fin era entablar conversación conmigo. De hecho, un día me comentó que recordaba a mi padre.

—Pese a ser vecinos, no nos tratábamos demasiado. Ten en cuenta —por aquellos tiempos ya nos tuteábamos— que yo le llevaba unos cuantos años. Cuando me marché, él era solo un niño.

Si he de ser sincero, le agradecí mucho que hiciera este comentario sobre mi padre, aunque fuera de forma tan somera.